

LA PREHISTORIA DE LA AUTORIDAD Y LA RELACIÓN.  
NUEVAS PERSPECTIVAS DE ANÁLISIS PARA LAS  
SOCIEDADES DEL PASADO

TRINIDAD ESCORIZA MATEU \*  
M.<sup>a</sup> ENCARNA SANAHUJA YLL \*\*

**Poder y autoridad: Prehistoria del poder y Prehistoria de la relación**

Hace ya algún tiempo que venimos pensando, y así lo hemos manifestado en algunos trabajos previos, que podrían definirse dos formas o maneras «de hacer, relacionarse, contemplar e incluso explicar la realidad y el mundo que nos rodea (Escoriza Mateu, 2002; Sanahuja Yll, 2000). Se trata de lo que, siguiendo a otras autoras, denominamos la opción del «poder» o la de «la autoridad». Sin embargo, cuando confrontamos los términos de poder y autoridad, lo hacemos sobre la base de su diferencia, ya que, a pesar de que su significado pueda resultar algo parecido, presentan características marcadamente distintas. Así, si nos atenemos al sentido etimológico de la palabra autoridad, en latín el verbo *augere* significa «hacer crecer, da fuerza, desarrollar». Significativamente, el concepto primitivo de poder, del latín *possum* y *potes*, se define como «tener la potencia o facultad de hacer alguna cosa». De ahí, en parte, que poder y autoridad sean dos conceptos que se consideren y empleen como sinónimos en la mayoría de ocasiones.

\* Departamento de Historia, Geografía e Historia del Arte, Área de Prehistoria, Universidad de Almería.

\*\* Departament de Prehistoria, Universitat Autònoma de Barcelona.

Es necesario precisar que, cuando hablamos de poder, nos referimos a la posibilidad de tener la facultad de hacer «alguna cosa» empleando para ello la fuerza, la coerción. Para nosotras el poder (coercitivo) se ejerce igualmente mediante una relación, pero, en este caso, esta última implica coacción física o psíquica y, por lo tanto, oprime y somete, ordena un contenido preciso, mueve el mundo externo, incluye jerarquía, busca la repetición, anula, suprime o degrada lo diferente y tiende a homogeneizar en aras de un ilusorio bien común o social.

La autoridad, en cambio, es reconocida libremente, excluye cualquier forma de coacción y comporta un dejarse aconsejar que se asume voluntariamente. Además, constituye un punto de vista que representa simbólicamente la relación originaria de confianza con la fuerza materna, mueve el mundo interno, tiende puentes impensables para la mediación y siempre está encarnada en un cuerpo sexuado (Bocchetti, 1996; Muraro, 1992; Librería de Mujeres de Milán, 1996; Cigarini, 1993; Sartori, 1995). La autoridad, como el poder, es relacional, aunque envuelve un vínculo recíproco que beneficia a las partes implicadas y, al mismo tiempo, tiene la capacidad de modificar y transformar. De ahí que la autoridad no pueda desligarse de la libertad, en el sentido de tener un punto desde el cual poder mirar el mundo, saber donde una/o se encuentra, poder exponer el propio criterio a partir de las contradicciones vividas en primera persona y relacionarse con otros/as. «Autoridad» y «libertad», conceptos vinculados no sólo a la acción política, sino también a la pasión (Birulés, 2003). Esta es la diferencia existente y la que se arraiga en nosotras cuando nos referimos a que en el hacer de nuestra disciplina vislumbramos dos pensamientos que, en variadas ocasiones, aunque no necesariamente en todas, se corresponden con los cuerpos de mujeres u hombres: el de una prehistoria de la relación y el de una prehistoria del poder. En definitiva, dos opciones políticas que implican maneras diversas de relacionarse.

Es precisamente en este sentido que algunas mujeres hemos decidido poner en práctica la opción política de la autoridad. Además, las mujeres contamos con un acúmulo de experiencia fundamental en esta dirección, ya que somos expertas en complejidad, heterogeneidad y simultaneidad, debido a nuestra gestión de la vida cotidiana en la que continuamente pretendemos no dejar nada fuera. Ahora bien, para llevar a cabo este proyecto, hemos de alejarnos del pensamiento patriarcal dominante, que tanto nos ha marcado, y empezar a reconocer la necesidad de la autoridad como una práctica de relación a instaurar y legitimar ajena al pensamiento androcéntrico dominante y extorsionador. Anna Bosch (2003) recoge mediante una metáfora los primeros pasos de esta «convulsión» necesaria para todas las mujeres y la sociedad en general:... *«Hay que*

*revisar uno a uno todos los conceptos que hemos aprendido, pasarlos por nuestro estómago, nuestro corazón y nuestra cabeza. Seleccionar aquellos que nos sirven de alguna manera y repudiar sin complejos los que no están hechos a nuestra medida...»* Es decir, se trata de explicitar, denunciar, corregir, transformar o abandonar las teorías y categorías androcéntricas que no incluyen a las mujeres y siguen considerándose supuestamente universales.

La denominada «Historia (o Prehistoria) de las Mujeres», en la que somos tanto sujeto como objeto de estudio, se asocia inmediatamente con la ideología y, por lo tanto, con la política, de ahí su calificación-descalificación de no científica por parte de un sector de la Academia. Sin embargo, aquella (Historia de las Mujeres) se nutre del bagaje conceptual y metodológico desarrollado desde todas las áreas de conocimiento por la crítica feminista desde hace ya décadas y, lentamente, se ha ido incorporando en las distintas disciplinas. Surge de la afirmación de que el sexo/género es un modo no contingente en el que la realidad social y política se organiza, al tiempo que intenta desarrollar una teoría que trata de hacer visibles hechos relevantes que no han sido significativos desde otras orientaciones epistemológicas, poniendo de relieve que estas últimas defienden categorías como universalidad, objetividad, ser humano, verdad... sin haber tenido en cuenta a las mujeres como sujetos sociales. En definitiva, la Prehistoria de las Mujeres significa, bajo nuestro punto de vista, hace del conocimiento algo relacionado con nuestras vidas, lo aleja de una historia de torre de marfil que pierde conexión con los problemas de las mujeres y los hombres de ayer y hoy<sup>1</sup>.

Establecer una diferencia entre una «prehistoria del poder» y una «prehistoria de la relación» surge, inevitablemente, de lo que hemos aprendido y experimentado en nuestro hacer de investigación y docencia cotidiano. La primera se centra en cuestiones consideradas por el pensamiento patriarcal como las «más» importantes, tales como la guerra, la jerarquización y la centralización política, el control de la naturaleza, el desarrollo tecnológico y el poder económico. La segunda piensa en todo lo anteriormente enumerado, pero cree además que la vida de mujeres y hombres, con sus necesidades corporales, materiales, psicológicas, afectivas... constituye el punto de referencia central. Esta «añadidura» conduce a rechazar, entre otras cosas, las dicotomías

1. Tal como señala M. Rivera (1997), existe hoy por hoy una historia construida cuyo significante es el poder y una historia cuyo significante es la práctica de la relación. Mujeres y hombres manejamos en el mundo dos grandes significantes: autoridad y poder, a pesar de que ambos sexos nos movamos en muchos fragmentos de nuestra existencia entre los dos regímenes de significado, el patriarcal y el materno.

establecidas entre cuerpo/mente, cultura/naturaleza, público/privado, vida/muerte, ciencia/política, tan hábilmente instauradas por el orden dominante y que, a la larga, nos han invalidado y condicionado.

No es extraño, pues, que la «prehistoria del poder» tienda a no tener en cuenta los trabajos llamados «cotidianos», al margen de la consecución de alimentos y la fabricación de herramientas. Estas tareas del día a día, sin duda, tuvieron que ver con las posibilidades de bienestar general de cualquier grupo humano. Es preciso insistir en que, aparte de la reproducción biológica y la consecución de recursos alimentarios, cualquier grupo humano necesita cubrir una serie de servicios imprescindibles. Si cada individuo efectuara exclusivamente el trabajo necesario para su propio mantenimiento, no habría nadie que cumpliera con un conjunto de tareas fundamentales para la supervivencia de la comunidad. Muchas de estas actividades están directamente relacionadas con el procesado, cocinado y almacenaje a corto y largo plazo de los recursos alimentarios para su posterior distribución y consumo. También incumben a la fabricación de útiles domésticos, la confección de prendas de vestir, la construcción y el saneamiento de las viviendas, la obtención, el transporte y la conservación de los productos necesarios para los citados procesos de trabajo (agua, combustible, arcilla, madera...), la socialización de las criaturas y la preocupación, el cuidado y las atenciones hacia otros y otras (no solamente los propios hijos/as), trabajos estos últimos que, en la actualidad, la mayoría de las mujeres solemos incorporar de forma casi cotidiana a nuestras vidas en esa falsa segmentación establecida entre los ámbitos público y privado. En consecuencia, las personas que se dediquen parcial o globalmente a dichas actividades (sean mujeres u hombres) tienen una incidencia básica en la salud general de la población y en la reproducción social del grupo, ya que sin estas tareas la vida social sería prácticamente imposible.

### **Cuerpos sexuados, objetos y mantenimiento**

El marxismo ortodoxo desarrollado por muchas políticas de izquierda ha *reducido el concepto de «condición material» estrictamente a su lado económico, olvidando la lección de Marx sobre el nexo estrechísimo que vincula la condición material a las condiciones de su ser pensable y representable, que son de orden simbólico* (Dominijanni, 1995: 14; *Sottosopra*, 1976). Además el materialismo no puede prescindir de la sexuación del sujeto, del sujeto encarnado —mujer u hombre. De ser así, de ignorarlo, no nos anclamos a la materia puesto que dejamos de lado el cuerpo, al que no se le puede negar su materialidad biológica y

también simbólica. La materia entonces, *«se queda en letra muerta, en algo sin sentido»* (Dominijanni, 1995: 14).

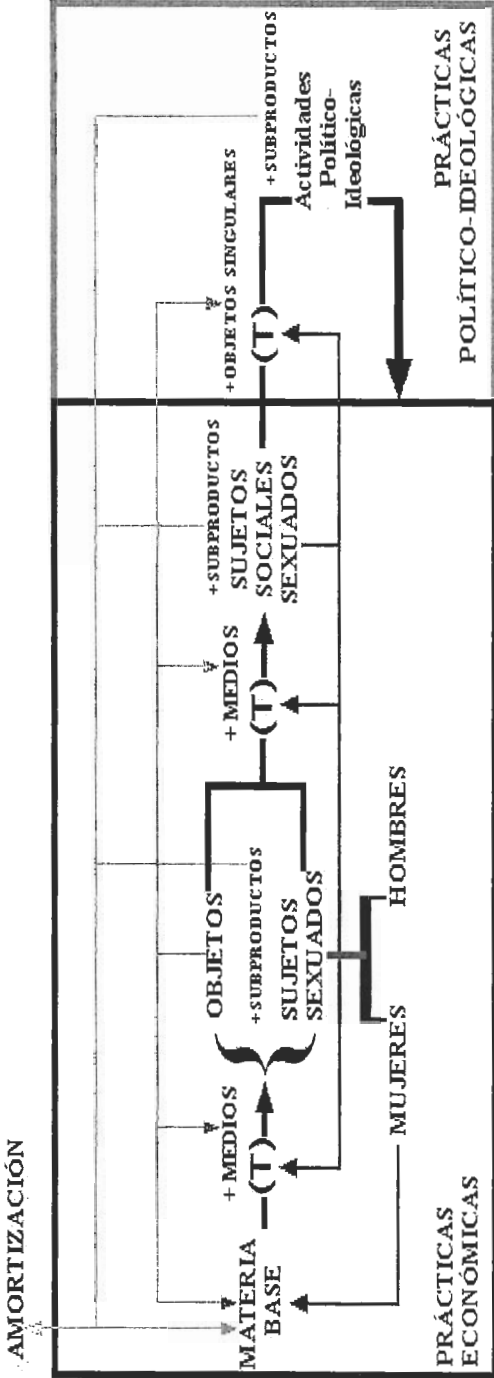
Asumir el cruce entre clase y diferencia sexual, entre dominio patriarcal y explotación clasista no es sencillo ni desde la teoría ni desde las prácticas organizativas. Existe todavía poca sensibilidad ante la diferencia sexual, el derecho a la diversidad o la subjetividad lacerada de las mujeres. El «matrimonio» entre feminismo y marxismo dista de ser feliz (Sanahuja Yll, 1997; 2001), aunque consideramos que algunos elementos de la tradición marxista continúan siendo una herramienta útil para analizar las diversas condiciones históricas. Sin embargo, rechazamos la dimensión económica en sentido reduccionista como «factor» independiente y prioritario de los procesos de producción y reproducción de la vida humana. De ahí que insistamos en la estrecha relación entre producción y reproducción y entre vida cotidiana y política y contemplemos las relaciones entre cuerpo y política como una dimensión decisiva en el análisis, consideración que, en muchas ocasiones, la tradición marxista ha descuidado y olvidado.

Para que exista y continúe la vida social no sólo se requiere la producción de objetos (alimentos y artefactos muebles e inmuebles), lo que normalmente se denomina «la producción». También resultan imprescindibles la producción de cuerpos y la de mantenimiento de sujetos y de objetos. La primera consiste en crear cuerpos sexuados, cuerpos de hombres y mujeres, imprescindibles para la reproducción social del grupo. En cuanto a la producción de mantenimiento de sujetos y objetos, está relacionada con las dos anteriores, ya que los cuerpos deben ser cuidados, atendidos y socializados. A su vez, los objetos también tienen que ser mantenidos y conservados para poder seguir desempeñando su función y, en consecuencia, ser útiles socialmente (Castro *et al.*, 1998; Sanahuja, 2002).

En todo trabajo intervienen hombres o mujeres que proporcionan la energía necesaria para movilizar la materia y obtener o mantener sujetos u objetos de interés social. Sólo el trabajo de mujeres y hombres engendra vida social en los objetos, puesto que sin el trabajo no se crea ni se mantiene nada (Castro Martínez, Escoriza Mateu y Sanahuja Yll, 2002). Para realizar cualquier actividad, mujeres y hombres pueden emplear diversos medios (herramientas, instalaciones), que facilitan o posibilitan las tareas. El resultado (en una o en diversas operaciones o procesos consecutivos) son los futuros sujetos sociales sexuados y los objetos, ya sea en su producción inicial (producción de cuerpos y producción de objetos), ya sea en la producción de su mantenimiento.

Ahora bien, para conceder a las producciones mencionadas la importancia que merecen y no ocultar la realidad del trabajo involucrado

NUEVO ESQUEMA ECONÓMICO



en ellas ni enmascarar su sentido, resulta necesario retocar el paradigma clásico de la producción (Objeto de Trabajo+Medios de Trabajo+Fuerza de Trabajo=Producto).

En este nuevo esquema económico propuesto, se restituye la importancia del trabajo de mujeres y hombres como agente principal de cualquier producción y deja de magnificarse el producto, ya que se tiene en cuenta que los cuerpos exigen cuidados y socialización y los objetos, ya sean medios de trabajo, alimentos, útiles u objetos singulares, requieren mantenimiento, procesado o conservación. Es decir, una vez conseguidos sujetos sexuados y objetos empieza un nuevo proceso en el que interviene la producción de mantenimiento.

Las prácticas sociales relacionadas con la producción de cuerpos, la de objetos y la de mantenimiento de sujetos y objetos (prácticas económicas), así como las prácticas político-ideológicas, pueden involucrar objetos o realizarse directamente entre sujetos. En ciertas actividades se emplea únicamente la energía humana en la adquisición, manipulación o transporte de materia para la obtención de un objeto. De todos modos, la especie humana se caracteriza por el empleo de utensilios o de instalaciones, previamente fabricados o acondicionados para el proceso de trabajo correspondiente. Además, resulta fundamental no olvidar todos los trabajos útiles y necesarios para la vida inmediata, que, aunque no generan nuevos productos, dotan a los ya existentes de una nueva vida mediante los cuidados precisos. Se trata del trabajo en la producción de mantenimiento de los objetos, que actúa de manera similar al de la producción de los mismos, pero empleando como materia de base un objeto social ya existente. De este modo, pueden mantenerse objetos sin el empleo de herramientas (hacer una cama) o con el empleo de útiles o instalaciones para tal fin (lavar ropa en una lavadora).

Además, en la propia dinámica en la que el trabajo engendra vida social en la materia física, también se provoca la destrucción de parte de la materia manipulada, con la consiguiente creación de residuos que no existían previamente, es decir, de unos subproductos que están estrechamente relacionados con la producción. Igualmente se generan subproductos (materias que, por su propia naturaleza, quedan descartadas de un uso social posterior) en las actividades de consumo y de uso social o individual de diversos productos, de manera que la amortización de ciertos residuos (basuras) está también directamente asociada a las prácticas de uso de las producciones. Esta paradójica generación de nuevos objetos constituye una característica intrínseca a muchos procesos de trabajo y resulta de especial relevancia para establecer un análisis arqueológico de los procesos de producción.

## La producción de cuerpos: gestación y nacimiento

En la creación de hombres y mujeres, la propia madre actúa como materia de base, a la vez que su tiempo y energía se encamina a la gestación y alumbramiento de una nueva vida. En este trabajo no resulta habitual el uso de implementos, aunque también pueden ser empleados para diversas finalidades (desde la silla de parir hasta los forceps). Tanto el parto como el postparto suponen un cierto grado de riesgo para la madre, su grupo doméstico y el recién nacido/a. Precisamente porque el parto es peligroso (la media de muertes por parto es de una mujer entre quince en algunos países pobres (MacCormack, 1994), la mayor parte de sociedades presentan diferentes maneras de determinar cómo y dónde ha de tener lugar el proceso del nacimiento, que, entre otras variables, comprende la posición adoptada para dar a luz, a quién le está permitido estar presente en el alumbramiento, las maneras de celebrar y reconocer el proceso del parto y los mecanismos utilizados para evitar el dolor. En este último sentido, la idea generalizada de que las mujeres paren solas, sin ninguna dificultad, y tras el parto reanudan sus tareas, es otro mito que conviene erradicar. Mito que, a nuestro parecer, sólo pretende desvalorizar la producción de cuerpos.

En la mayoría de sociedades que cuentan con información sobre el nacimiento (Mead y Newton, 1967), el parto es un asunto femenino y las mujeres no suelen parir solas, ya que son asistidas por otras mujeres, frecuentemente ancianas experimentadas en este trabajo, que intentan evitar el sufrimiento. Según Mead y Newton<sup>2</sup>, las mujeres en estas circunstancias adoptan posiciones verticales durante el trabajo del nacimiento. La mujer que alumbra está de pie, sentada, en cuclillas o de rodillas. La espalda encorvada constituye la posición más típica. Para ayudar a la madre a empujar y expulsar al bebé se emplean cuerdas, palos y estacas para que aquélla pueda agarrarse y hacer más fuerza para arrojar de sí al recién nacido/a y darle vida autónoma. No obstante, cabe matizar que la mayoría de «manipulaciones» durante el parto tienen, en muchas sociedades, un componente exclusivamente simbólico.

Desde el punto de vista arqueológico, para conocer y precisar los patrones reproductivos sólo se había tenido en cuenta la identificación y cuantificación de cicatrices en las pelvis de las madres. De este modo, Angel (1984) determinó el número de partos o al menos el número de embarazos de las mujeres enterradas en diversas necrópolis. No obstante, este método es puesto en duda por Buikstra y Mielke (1985), mientras que Charles *et al.* (1987) han propuesto que el número de embarazos de

2. En concreto se hace referencia a sesenta y dos de las setenta y seis sociedades europeas examinadas.

una mujer puede manifestarse en los anillos anulares del cemento de los dientes de la madre. Esta técnica, al parecer, permite conocer patrones individuales de reproducción, la edad del primer embarazo, el número de los mismos e incluso los intervalos entre ellos.

De todos modos, como ha señalado Beausang (2000: 69-87), el parto no se menciona en las investigaciones prehistóricas debido a la suposición de que no deja restos materiales evidentes, suposición vinculada al hecho de que el nacimiento no es considerado como un acontecimiento importante. En consecuencia, resulta muy difícil asociar vestigios materiales a algo que está fuera del pensamiento de la mayoría de los arqueólogos/as. Es decir, es poco factible hallar aquello que no se busca. Sin embargo, basándose en el esqueleto de la «Mujer de Barum» (Suecia) y en los hallazgos calcolíticos de Kissonerga-Mosphilia (Chipre), que analizaremos brevemente a continuación, la citada investigadora insiste en que el nacimiento tiene una importancia social fundamental y que es posible encontrar las huellas de un amplio abanico de materiales prehistóricos asociados al mismo. De lo anteriormente expuesto podríamos deducir, nuevamente, que la invisibilidad del trabajo del parto no procede del pasado, sino de la mirada que desde el presente se adopta hacia esta producción en particular.

Así, en el caso de la actual «Mujer de Barum», que fue considerada durante décadas como un «pescador mesolítico» a partir del ajuar funerario, estudios posteriores han demostrado que se trata de una madre de unos de 35 años de edad que había tenido varias criaturas (Gejvall, 1970). Por otro lado, en Kissonerga-Mosphilia (Peltenburg *et al.*, 1998), son las representaciones figurativas de piedra y cerámica documentadas las que permiten realizar algunas inferencias significativas. De entre éstas destacamos ocho esculturas de cerámica que representan mujeres de pie con los brazos extendidos o doblados sobre los hombros, en cuclillas o bien sentadas con las piernas colgando sobre el borde de un taburete. Entre todas ellas sobresale una mujer sentada con las piernas separadas sobre un taburete en cuya base se pintó la cabeza y los brazos de un recién nacido que surgen del regazo materno.

A partir de estas observaciones, Goring sugiere que las posturas de las figurillas están vinculadas con el trabajo de dar a luz (Goring, 1991: 41) y que las representaciones cerámicas pudieron haber sido empleadas para manifestar diferentes aspectos del embarazo y del nacimiento. En una palabra, las figurillas tendrían un propósito didáctico que enfatizaba valores relacionados con la sexualidad, la concepción, la procreación y la maternidad. A juzgar por lo anteriormente expuesto, el nacimiento debió ser la causa de la emergencia de expresiones de tipo ceremonial o ritual, de objetos utilizados para tal fin y de lugares sociales específicos. En este sentido, numerosos estudios antropológicos muestran la utilización

de objetos en el momento de dar a luz, así como lugares concretos para el momento anterior al parto, el trabajo del mismo e incluso el periodo del postparto, ya sean estructuras especiales o bien espacios particulares dentro de la propia unidad doméstica.

### **La producción de mantenimiento de sujetos y objetos: los trabajos de cuidados y atenciones**

En cuanto a la producción de mantenimiento de sujetos se trata de una actividad que acarrea un trabajo fundamentalmente relacional y de atención entre sujetos, en el que entran en juego componentes afectivos y la acción del propio cuerpo (consolar, escuchar o cuidar a alguien, jugar con una criatura...). Los cuerpos masculinos y femeninos resultan imprescindibles para la continuación de la vida social y a esos cuerpos se les tiene que enseñar a hablar, así como atenderlos y afirmarlos cotidianamente como sujetos individuales y sociales. Sin embargo, estos trabajos de cuidados y atenciones pueden también incorporar, al mismo tiempo, recursos de la tierra o instrumentos que son puestos a disposición de otros sujetos por parte de quienes realizan estas labores: servir una comida, dar de comer a una criatura, proporcionar una medicina, vestir a alguien). No debe olvidarse que los trabajos de mantenimiento suponen cuidados y atenciones hacia los cuerpos engendrados y encarnados en mujeres u hombres. Además, estas actividades constituyen uno de los pilares básicos de cualquier sociedad, ya que crean las condiciones materiales y psicoafectivas de la vida social humana, en las cuales se forman las mujeres y los hombres como individualidades y sujetos sexuados sociales.

Sin embargo, el hecho de que las prácticas de cuidado y socialización de sujetos sólo impliquen, en muchas ocasiones, energía, órganos corporales y, en algunos casos, objetos no especializados (olla para hervir agua y lavar a una criatura, tazón para dar de beber a un enfermo/a, cuchara para alimentar a niñas/os), ha favorecido el que sean consideradas como «naturales». En una palabra, se trata de labores de tipo doméstico que las mujeres suelen realizar en el «mucho tiempo libre» que les queda, de ahí que sean consideradas tareas ajenas a la vida social. Por ello no se han valorado trabajos tales como gestar, parir, amamantar, llevar un niño en brazos o darle comida, cuidar a ancianos/as y enfermas/os, atender a los individuos fallecidos y separarlos del espacio que ocupan las personas vivas, aplicar remedios curativos...

Desde el Paleolítico Medio hallamos ya evidencias de trabajos de cuidados y atenciones hacia sujetos que no pudieron valerse por sí

mismos, como ocurre en relación al esqueleto de Shanidar I, perteneciente a un individuo severamente incapacitado —ciego, artrítico y con un brazo atrofiado. Curiosamente, a partir del estudio de los dientes de Shanidar I, desgastados hasta la raíz en su parte frontal, se afirmó que el hombre de Shanidar debió contribuir en la vida social del grupo trabajando pieles (Solecki, 1971: 196). Un ejemplo parecido procede de La-Chapelle-aux-Saints, donde se halló otro hombre con artritis en las vértebras cervicales, deformación de la cadera izquierda, un dedo del pie aplastado, una costilla y una rodilla lesionadas y la mandíbula rota (Johanson y Edgard, 1996: 224). Sujeto que inevitablemente necesitó la atención de alguien del grupo para poder sobrevivir. En relación con lo anteriormente expuesto, han sido fundamentales los avances que en las últimas décadas se han producido en cuanto a la posibilidad de documentar las condiciones de vida de las comunidades prehistóricas. Así, sabemos que puede evaluarse desde el estado de la salud pública al impacto que los cambios medioambientales y socio-económicos producían sobre el estado sanitario de la población (Jones, 1982). También se ha avanzado mucho en relación a la definición de determinados tipos de actividades, vinculadas casi siempre a las mujeres, a partir de referentes etnográficos actuales, como la industria textil, la cerámica doméstica, la molinera, la cestería o la organización de las infraestructuras de mantenimiento, que, tradicionalmente, no han merecido apenas la atención en las investigaciones al uso<sup>3</sup>. Normalmente, las monografías arqueológicas se limitan a señalar, cuando existen, las evidencias de estas producciones<sup>4</sup>.

Por último, mencionar la producción de mantenimiento de objetos. Esta puede ser realizada tanto por mujeres u hombres y está destinada a aumentar y conservar el valor de los objetos sin necesidad de tener que ser reemplazados por otros o cambiar su valor de uso. En dicha

3. Recientemente mediante las aportaciones de la arqueozoología, los restos óseos de grandes mamíferos han sido analizados en relación al consumo de carne y de productos derivados, como la leche o el queso (Davis, 1989; Saña 1999). También se han ampliado las posibilidades de estudio de la dieta prehistórica a partir de la aplicación de un método de análisis químico basado en la determinación de las grasas animales o vegetales que se conservan en los recipientes cerámicos (Rottlander, 1982 y 1983).

4. La denominada Arqueología espacial empieza a tener en cuenta la plasmación de las tareas de mantenimiento gracias a un buen número de trabajos (Bayley, 1990; Brumfield, 1991; Hastorf, 1991; Ardener, 1993; Blanton, 1994; Hendon, 1996; Allison, 1999; Manzanilla, 1999; González Marcén, 2000). En relación a este tema, cabe destacar la información micromorfológica de los sedimentos arqueológicos, que permite establecer pautas de funcionalidad de los diferentes espacios. Con ello, pueden proponerse redefiniciones de las estructuras de un núcleo habitacional, con la consiguiente modificación del concepto de unidad doméstica, territorio de explotación económica de un grupo poblacional y, en definitiva, de la organización del espacio social. (Courty, Goldberg y MacPhail, 1989).

producción no suelen generarse nuevos productos, sino que nos encontramos ante el mismo objeto. En general, los trabajos de mantenimiento de los objetos, en especial los que en la actualidad son mayoritariamente efectuados por mujeres, han sido tratados en clave androcéntrica, por lo que habría que reconducirlos desde otro pensamiento. Así, por ejemplo, existe una medida del tiempo y de la valoración del mismo en relación a las actividades que suelen realizar las mujeres dentro de la llamada esfera doméstica que no es real, sino ideológica (Escoriza Mateu 2002). Como ya insistimos con la producción de mantenimiento de sujetos, resulta necesario empezar a referirnos a la producción de mantenimiento de objetos desde una perspectiva distinta, perspectiva que tiene que ver con nuestra propuesta de una «Prehistoria de la Relación», que sí da cabida a este tipo de trabajos.

### **Los estudios paleoantropológicos: evidencias y certidumbres**

El cuerpo humano constituye una excelente fuente de información directa sobre la vida que aconteció a las mujeres y hombres del pasado, vida que, en parte, queda reflejada en sus esqueletos, siempre que el estado de conservación lo permita. De ahí que los estudios paleobioantropológicos se conviertan en una de las herramientas imprescindibles para afianzar nuestro conocimiento sobre sociedades prehistóricas. Cuando hablamos de sexar el pasado, lo hacemos principalmente a través de los restos óseos de mujeres y hombres o bien en función de asociaciones de recurrencias altamente significativas entre objetos y cuerpos sexuados, aunque, como veremos más adelante, existen otras vías. Los estudios paleobioantropológicos nos permiten establecer las relaciones existentes entre los sexos en un contexto determinado, una vez han sido sexuados los cadáveres registrados. Hacer lecturas en esta dirección significa huir de apriorismos sin evidencias contrastadas de forma adecuada. A continuación, pasamos a ilustrar de forma breve mediante algún ejemplo dichas herramientas analíticas, que nos permiten, sin confusiones ni ambigüedades, rechazar lo establecido como norma.

Así, en el campo de la determinación de los movimientos de población, al margen de la contribución de los estudios genéticos que analizaremos más adelante, contamos con trabajos como los realizados por J. Buikstra y L. Hoshower (Castro *et al.*, 1994: 357-361) sobre la variabilidad fenotípica de la población argárica a partir de las observaciones craneométricas llevadas a cabo por Jacques (1890) y Kunter (1990). El objetivo de dicho trabajo se centró en la investigación de una posible variabilidad entre mujeres y hombres susceptible de ser utilizada para deducir patrones de residencia vinculados a la endogamia o la exogamia.

La premisa fundamental de la que parten las citadas investigadoras se basa en que el sexo más variable se distribuye por regiones geográficas más amplias, es decir, cuando se observan diferencias significativas en la variación genética entre ambos sexos (en este caso percibidas mediante variables métricas), se llega a la conclusión de que el sexo con mayor movilidad en la búsqueda de pareja experimenta mayor variación. En el caso del mundo argárico, serían los hombres los que se trasladarían al poblado de sus parejas, puesto que son ellos los que presentan un mayor número de diferencias en la morfología del cráneo<sup>5</sup>.

También podemos averiguar si existieron o no diferencias en función del sexo en relación a la dieta de una comunidad o si hubo cambios en la misma a través del tiempo. Así, las caries dentales permiten indicar modificaciones en la dieta y son poco frecuentes entre las sociedades cazadoras/recolectoras, generalizándose con la adopción de la agricultura y la preparación de alimentos pegajosos (Powell, 1985; Molleson, 1989). Algunos estudios realizados sugieren diferencias entre los sexos en cuanto al acceso a los alimentos, tal como señala Larsen (1983; 1984) entre los indios de Georgia. Dicho investigador sugiere que las mujeres sufrieron un mayor incremento de caries que los hombres, reflejo de la adopción de la agricultura y de ciertas especializaciones dietéticas. En cambio, en la Cova d'Es Càrritx (Ciutadella, Menorca), no se han detectado diferencias por razón de sexo en la composición dietética, según el análisis de oligoelementos realizado por Cristina Rihuete a partir del muestreo de astrágalos utilizados en los análisis radiocarbónicos. Este mismo estudio permitió inferir además una dieta de tipo mixto con una aportación muy significativa de alimentos de origen animal, frutos y bayas y escasa importancia de productos marinos, lo que concuerda con una explotación ganadera estable (Rihuete, 2000).

En el capítulo de las paleopatologías, algunas de ellas pueden utilizarse para determinar la nutrición de una comunidad. En el caso de los hombres y las mujeres, sabemos que ambos sexos difieren respecto a la utilización de los nutrientes. Así, las mujeres pierden más hierro que los hombres y existe un claro dimorfismo sexual en el mantenimiento del córtex de los huesos basado en la demanda de calcio a través del

5. Otro método de aproximación a los movimientos de población consiste en medir las señales de isótopos en dientes y huesos (Ericson, 1985 y 1989). En concreto, la proporción de Sr 87 a Sr 86 en huesos y dientes refleja la composición isotópica del área en la que vivieron los individuos durante el periodo en que los tejidos se sintetizaban. Así, si una persona se traslada a otro lugar distinto isotópicamente, el hueso sintetizado después del traslado reflejará el nuevo contexto y el contraste con los tejidos formados anteriormente que retienen isótopos del entorno previo (Lane y Sublett, 1972; Spencer, 1974; Konigsberg, 1988).

embarazo y la lactancia y los niveles de estrógeno. Estas diferencias son universales y constantes desde un punto de vista cuantitativo. No es, pues, sorprendente, que la hiperostosis y la criba orbitalia, síntomas de la anemia, sean más frecuentes en las mujeres que en los hombres, característica que siempre debe ser tenida en cuenta en el estudio de las dietas según el sexo de los individuos adultos (Cohen y Bennett, 1993).

No obstante, sin lugar a dudas, son las aportaciones que se están realizando desde el campo de la genética las que aparecen como uno de las máximas aliadas a considerar en la reconstrucción del pasado. Nos referimos, en concreto, a la aplicación de estudios de ADN en lo que respecta a los movimientos de población prehistóricos, especialmente la utilización del ADN mitocondrial, ya que permite trazar la historia de los linajes femeninos puesto que sólo se transmite por vía materna (Sykes, 2001). De esta manera, resulta posible indagar en las relaciones genéticas imbricadas en la producción de cuerpos y en el entramado de la formación de futuras generaciones. De todos modos, conviene tener claro que para entender un «paisaje genético» resulta necesario buscar interpretaciones fuera de la propia genética, a fin de profundizar en la historia de las poblaciones (Renfrew y Boyle, 1999).

### **La sexuación del trabajo. ¿Quién trabaja?**

Cuando afirmamos que resulta imprescindible sexuar el pasado, no nos referimos únicamente a analizar qué realizaban las mujeres, sino a averiguar también qué hacían los hombres en los diversos contextos prehistóricos. Hacemos esta observación, porque lo que se ha atribuido al colectivo masculino, en la gran mayoría de los casos, tampoco ha sido sexuado con fiabilidad. Por ahora es imposible demostrar que los hombres eran los que cazaban, manejaban el arado y/o detentaban siempre el poder político. En nuestro mundo actual mayoritariamente parece ser así, pero insistimos que el pasado no debe construirse a partir de los estereotipos de las sociedades contemporáneas, ya sean capitalistas o no.

Ya hemos mencionado en otras ocasiones (Sanahuja Yll, 2002) que para sexuar los trabajos femeninos podemos partir de dos posibilidades. La primera es asumir que las mujeres, debido a la capacidad de gestar otro cuerpo en el propio, de emplear un tiempo para ello, de desprenderse de él para que cobre vida autónoma y de amamantarlo tras el nacimiento, crean un vínculo muy intenso entre ellas y sus hijos/as. Dicha característica las lleva a amamantar y atender a sus propias criaturas y de ahí, por extensión, las mujeres mimetizan este mismo tipo de relación basada en el «preocuparse por» y «cuidarse de» y la extienden al resto de los

miembros del grupo doméstico. La dimensión común entre las mujeres se relacionaría entonces con el cuerpo, un cuerpo que para ciertas filósofas actuales (Bocchetti, 1996:71-84), *es más cuerpo que el de los hombres* por tres razones básicas: a) la capacidad de gestar vida; b) una determinada manera de relacionarse vinculada con lo materno, sea de cara a las hijas/os o más en general en las relaciones con los otros/as, tanto en casa como en el trabajo, y c) el sentimiento de miedo que provoca la vulnerabilidad de nuestro cuerpo, la posibilidad de poder ser agredidas sexualmente. Según la misma autora, estos tres elementos pueden explicar, en la actualidad, la imposibilidad que tenemos las mujeres de escindir el cuerpo del pensamiento. Pensamos a través de la experiencia del propio cuerpo y, cuando teorizamos, rechazamos el pensamiento que nace del olvido y la negación de los cuerpos.

Si partimos de este primer presupuesto esbozado, la sexuación no resulta difícil, ya que supone que desde los inicios las mujeres siempre se ocuparon del cuidado de los cuerpos, la socialización de las criaturas y el mantenimiento de los objetos relacionados con la vida cotidiana. Se trata de trabajos cíclicos, repetitivos, sistemáticos y vinculados con la esfera doméstica. De ser así, dichas actividades deberían ser adjudicadas a las mujeres, acompañadas en ocasiones de niños y niñas, en todos los contextos prehistóricos (Sanahuja Yll, 2002). Es cierto que a lo largo de la Historia la mayor parte de estas tareas han sido realizadas por mujeres, como ocurre generalmente en nuestro mundo actual. ¿Sucedió lo mismo entre los grupos prehistóricos? ¿No existieron grupos con prácticas sociales distintas a las actuales? ¿Siempre se ha desarrollado un poder coercitivo? ¿Desde los orígenes las mujeres fueron infravaloradas?

Nosotras tenemos la certeza de que la «tarea» de las mujeres productoras y mantenedoras de vida se remonta quizás hasta los orígenes de la humanidad. Ahora bien, aunque las mujeres realizaran dichos trabajos, no tenían por qué estar sujetas a los hombres y podían haber gozado de un reconocimiento social elevado. Nos resulta difícil aceptar que nada ha cambiado, que por «esencia» los sexos siempre se han comportado del mismo modo. Es por ello que somos partidarias de abordar una segunda posibilidad, basada en la consideración de que en los distintos contextos prehistóricos pudieron haber existido comportamientos alternativos a los de hoy en día entre los sexos, aunque ya sabemos que gestar y parir es obra única de las mujeres y que para amamantar se requiere siempre una madre, aunque no sea la biológica. En cualquier caso, estemos de acuerdo con la primera o la segunda posibilidad, creemos que resulta necesario contar con evidencias claras para corroborarlas. Por el momento, únicamente podemos sexuar con fiabilidad a través de variadas analíticas sobre los restos antropológicos, como hemos ido exponiendo con anterioridad,

aunque también lo podemos hacer a través de determinados tipos de objetos que actúan o desempeñan una función de referentes simbólicos en las distintas prácticas sociales.

En nuestro intento de sexuar los trabajos contamos, en ciertos casos, con evidencias que nos brindan la posibilidad de discriminar si determinadas lesiones sobre los cadáveres fueron accidentales, fruto de la violencia o se deben a la acción reiterada de posiciones forzadas y al desarrollo de movimientos/actividades extenuantes, que, en ciertas ocasiones, pueden afectar más a un sexo que a otro (Perzígian, Tench y Brown, 1984). Un ejemplo conocido lo encontramos en el yacimiento neolítico de Abu Hureyra, en el norte de Siria. Los estudios realizados por Molleson (1994) indican que la población, en general, gozaba de buena salud, aunque señala la presencia de deformaciones óseas documentadas exclusivamente en las mujeres: vértebras hundidas, rodillas en muy mal estado y pulgares de los pies artríticos. Dichas evidencias han sido interpretadas como la consecuencia de llevar a cabo, de rodillas, un trabajo repetitivo relacionado con la molienda de cereales. Curiosamente, los hombres también presentan otro tipo de alteración en sus cuerpos, la denominada rótula con muesca, una lesión vinculada a la posición en cuclillas, que deteriora las rodillas por el descanso y la falta de actividad. Además, también han podido ser sexuados, a partir de la morfología de las mandíbulas y marcas halladas en los dientes, otros trabajos efectuados por mujeres, como la cestería y el tejido de esteras. En cuanto a las tareas llevadas a cabo por el colectivo masculino, Molleson indica que éstas son siempre mucho menos duras y reiterativas, a juzgar por los vestigios óseos estudiados. Por todo ello, resulta posible plantear que nos hallamos ante la existencia de una división del trabajo en función del sexo que implicó probablemente un germen de desigualdad social, aunque resulte difícil matizar si se trata de explotación parcial o relativa (Castro, Escoriza y Sanahuja, 2003).

Ahora bien, el caso anterior no puede generalizarse como un universal para todos los grupos sociales. Así, por ejemplo, Goodman *et al.*, (1984) evidencian un incremento del trabajo, más severo para el sector masculino que el femenino, en *Dickson Mounds* (Illinois), manifestado por cambios artríticos en la columna vertebral. Finalmente, en la Cova des Carritx, un buen número de cadáveres presentan índices de robustez moderada provocada por presiones bio-mecánicas fruto de actividades extenuantes, entesopatías del calcáneo, deformación del cuerpo de los metatarsianos laterales y frecuencias de traumas con anquilosis en los dedos de los pies. Dichas lesiones se manifiestan tanto en las mujeres como en los hombres (Rihuete, 2000) y apuntan hacia la práctica habitual de largas caminatas por un terreno agreste y accidentado, propias

de tareas como la recolección y el pastoreo, actividades contrastadas positivamente a través de análisis bioquímicos, arqueofaunísticos y de patología dental del mismo yacimiento.

### Los trabajos político-ideológicos

Definimos como trabajos político-ideológicos aquellas actividades que, mediante acuerdos, imposiciones o mediaciones están destinadas a establecer las formas políticas que gestionan la materialidad social y las formas ideológicas que las legitiman. Por lo tanto, afectarán al marco de las prácticas económicas, tanto si se trata de políticas domésticas como de políticas extradomésticas. De esta manera, las distintas producciones están estrechamente relacionadas con las formas político-ideológicas que surgen en una sociedad. De ahí que planteemos que las prácticas político-ideológicas se hallan presentes en todas las prácticas sociales e interesan a las tres producciones de la vida social. Prácticas políticas que incluyen, por lo tanto, todas las formas de relación que tienen por objeto afirmar y/o cuestionar las prácticas político-ideológicas vigentes en la articulación de cualquier sociedad<sup>6</sup>.

El trabajo de ámbito político-ideológico puede requerir en algunos casos la manipulación de objetos en relación con las actividades que acontecen, por ejemplo, el uso de objetos simbólicos en actividades rituales o de tipo ceremonial. Sin embargo, también pueden realizarse labores político-ideológicas de control, de coerción, de mediación o de cooperación sin el empleo de este tipo de objetos, es decir, mediante una relación directa entre individuos, como sucede con el empleo de un determinado tipo de discursos. Nos estamos refiriendo a los trabajos de creación-transmisión de determinadas ideologías, específicos significados y de la utilización de símbolos concretos (trabajos en la religión, la comunicación). También tendrían cabida los trabajos de las políticas coercitivas (militares, policías).

Dentro de los trabajos político-ideológicos nos gustaría incidir en lo que denominamos «la práctica del partir de sí» y la «práctica de la relación», pilares de lo que hoy se denomina política de las mujeres, que parte de la visión que la filósofa Arendt (1954: 101-153; 1997: 46) tenía de la política como un compromiso recíproco y un vínculo, un *inter-esse*, concepto distinto a la política entendida como sistema de consenso. Dicha política no profesional, en la que las mujeres pasan

6. En este sentido, una forma más de relación es lo que hoy se denomina política de las mujeres dentro del marco del concepto de autoridad no coercitiva, a diferencia de la violencia que caracteriza al orden patriarcal

de ser objetos a sujetos y en la que la relación de intercambio resulta fundamental, es sostenida por la autoridad, garantía de la continuidad de los vínculos, a diferencia del poder extorsionador. Para nosotras este tipo de opción supone un cambio importante, ya que el orden patriarcal ha intentado siempre impedirla. Se trata de *significar y dar sentido a nuestro estar en el mundo, no desde un ensimismamiento estático, sino incluyendo en el empeño la modificación de nuestra relación con nuestro entorno (material y social), con las y los demás y con nosotras mismas. Esto nos previene contra cualquier forma de triunfalismo y de pretender ofrecer una fórmula acabada* (Bofill y Otero, 2001).

Desde esta perspectiva, relacionarse con mujeres mediante la palabra y compartir experiencias y conocimientos sobre el mundo que nos rodea, aunque pensemos de manera distinta, tiene una intencionalidad política. Porque, a pesar de que las arqueólogas tengamos tendencias sociales e ideológicas diversas, estamos todas sensibilizadas ante la necesidad de conocer nuestro pasado e introducir cambios en el orden de las relaciones entre los sexos. Apostemos, pues, por generar autoridad y fuerza femeninas.

### **Teniendo en cuenta los «referentes simbólicos». Las representaciones figurativas, las tumbas y los ajuares**

La segunda vía con la que contamos para sexuar el pasado y en la que vamos a detenernos a continuación tiene que ver con la utilización de imágenes o representaciones figurativas sexuadas realizadas sobre diferentes tipos de soportes materiales. Esta propuesta significa la posibilidad de sexuar el pasado desde diferentes lugares: análisis paleoantropológicos y representaciones figurativas, algo que generalmente ha pasado desapercibido a la investigación. Ambas vías, lejos de ser excluyentes, se complementan y sólo de esta manera contaremos con información suficiente para saber si las formas de expresión político-ideológicas, reflejadas en los cuerpos de hombres y mujeres representados, guardan relación o no con las condiciones materiales existentes y recuperables a través de los análisis antropológicos, así como con la información procedente de los lugares de habitación, que de igual manera habrá que valorar (Escoriza Mateu y Sanahuja Yll, 2001; Escoriza Mateu, 2002).

Las representaciones figurativas se definen como objetos materiales con un evidente carácter político-ideológico, cuyo sentido radica en sí mismos y en el propio objeto que constituyen. Se trata de modelos percibidos y finalmente materializados sobre «realidades» que pretenden

representar hechos y/o pensamientos. Las representaciones figurativas pueden definirse, por lo tanto, como formas político-ideológicas, que, en cuanto elementos constitutivos de las prácticas sociales, pasarán a tener funciones específicas. Estas pueden ser de muy diversa índole y actuar de diferentes formas: como eficaces instrumentos de coerción, como medios de alienación, como formas transgresoras a las normas establecidas o como parte de ideologías de órdenes simbólicos distintos e incluso antagónicos que pueden coexistir en una misma realidad social.

En un trabajo reciente, una de nosotras ha realizado una propuesta teórica sobre este tipo de objetos y ha analizado las imágenes de mujeres del denominado Arte Rupestre Levantino (Escoriza Mateu, 2002). De dicho estudio se desprende una lectura muy distinta a la tradicionalmente realizada por la investigación. Así, a partir del análisis de las actividades económicas figuradas, es factible afirmar que el colectivo femenino se representa llevando a cabo un amplio abanico de trabajos: el desbroce o limpieza de campos, la recolección, la siembra, el pastoreo, el transporte de objetos y la participación en las batidas de caza colectiva. Curiosamente, otras actividades económicas como la producción de nuevos individuos (producción de cuerpos) no se representa. En cuanto al mantenimiento de los individuos infantiles aparece figurado de forma muy limitada.

Todas estas evidencias ponen de manifiesto un hecho importante: el colectivo de mujeres aparece representado en el Arte Levantino realizando un extenso número de actividades económicas. Participan con sus trabajos en la producción de cuerpos, la de objetos y la de mantenimiento. De ahí que pueda afirmarse que las mujeres eran las mayores contribuidoras en cuanto a la producción y reproducción de la vida social.

No obstante, la representación del colectivo femenino involucrado en estas actividades es muy escasa y además existe un evidente enmascaramiento de determinados trabajos y de la cancelación de los atributos sexuales femeninos. En el caso del colectivo masculino, su participación en las actividades económicas es mucho menos variada, aunque se representen en un número mucho mayor de casos los escasos trabajos que realiza. Aparecen figuras masculinas en escenas de caza y pastoreo, por lo que no vemos aventurado sugerir que su contribución económica era mucho menor que la que aportaban las mujeres. Otros trabajos resultan imposibles de sexuar, caso de la posible monta o domesticación animal y la trepa para recolectar, dada la imposibilidad de precisar si se trata de figuras de mujeres o de hombres las que llevan a cabo dichas actividades.

Todo lo anteriormente expuesto nos lleva a plantear la existencia de una división del trabajo institucionalizada en función del sexo en las comunidades neolíticas del área mediterránea de la Península Ibérica. Esta división no siempre tiene que implicar la explotación de un colectivo sobre otro, pero la disimetría existente en el reparto de trabajos apunta a que el colectivo femenino pudo ser un grupo social de cuyo trabajo se beneficiaron los hombres sin las compensaciones adecuadas. Las mujeres, aunque compartan actividades como el pastoreo o la caza con los hombres, realizan más trabajos que éstos. Además, dichos trabajos resultan más importantes desde el punto de vista de la satisfacción de las necesidades alimentarias de toda la comunidad. No olvidemos tampoco que las mujeres también llevaron a cabo otros trabajos imprescindibles para la continuidad de la vida social y de las que se beneficia toda la comunidad, tales como la gestación, el amamantamiento y el cuidado de las criaturas.

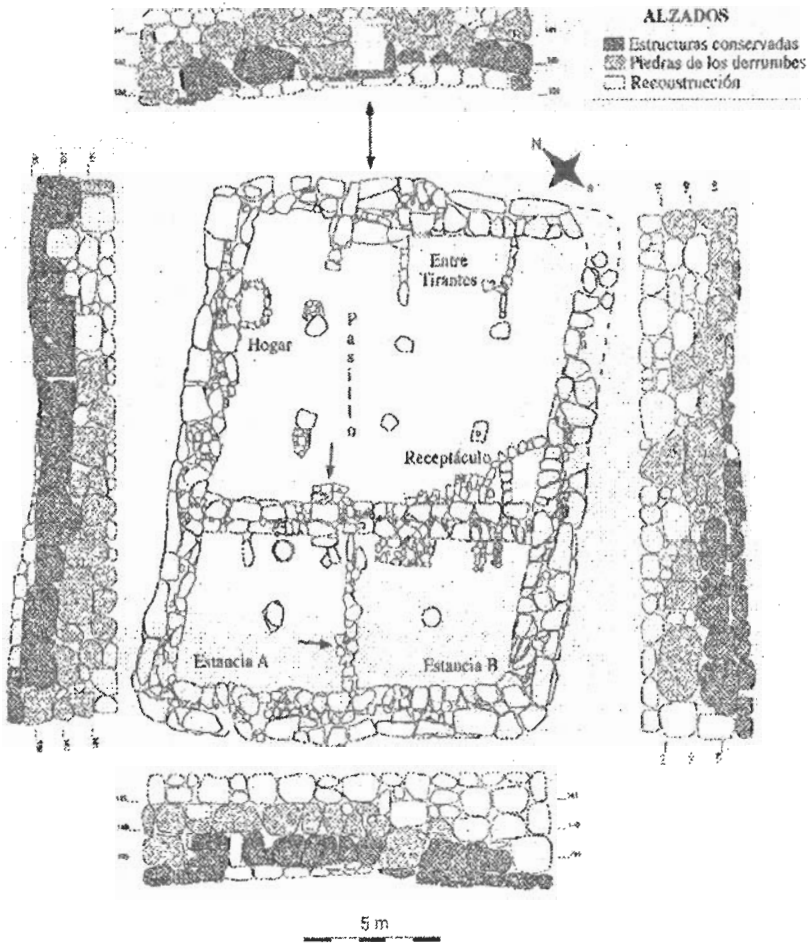
Así, en función de lo representado en los paneles levantinos, no es factible plantear la existencia de una situación de simetría y/o reciprocidad en el reparto de los trabajos económicos entre mujeres y hombres, ya que la existencia de reciprocidad exigiría que entre los diferentes colectivos sociales (sexuales) tuviera lugar una inversión de trabajo compensada y/o una participación similar, al tiempo que un consumo y/o beneficio social simétrico. Contrariamente, parece haber una división del trabajo en función del sexo, que si bien no implica necesariamente la explotación absoluta, evidencia claramente la desigualdad en el reparto de tareas y un mayor trabajo por parte del colectivo femenino en la producción de la vida social.

Si nos centramos ahora en los estudios realizados a partir de los datos funerarios, los trabajos vinculados a las relaciones entre los sexos, salvo excepciones (Cohen y Bennett, 1993; McCaffert y McCafferty, 1994; Wilson, 1997; Rautman, 2000; Arnold y Wicker, 2001), han recibido poca atención y, en demasiadas ocasiones, se ha sexuado a partir de los ajuares y no de los cadáveres, realizando una pirueta que hace retroceder al pasado los estereotipos actuales y, a la vez, los considera precedentes del presente. La escasez de estudios osteológicos para la determinación sexual de los esqueletos daba licencia para recurrir a asignaciones actualistas como única forma de suplir esta carencia. La típica y a menudo falaz asociación entre armas/hombres y adornos/mujeres ilustra este proceder, al asignar el sexo a un cadáver a partir del ajuar funerario y no al revés. Sin embargo, el tipo de tumbas y su distribución, los items arqueológicos asociados significativamente a hombres o mujeres, así como la calidad y la cantidad de los mismos, pueden ser empleados, siempre que se conozca el sexo de los cadáveres, como indicadores de desigualdades entre los sexos o simplemente de diferencias.

Al no contar con fuentes escritas, únicamente los ajuares funerarios asociados a las mujeres y los hombres enterradas/os nos ayudan, de manera indirecta, a sexuar los trabajos productivos efectuados por ambos sexos en el asentamiento. En este sentido, resulta de gran interés el estudio del registro lítico analizado desde una perspectiva funcional, hecho relativamente reciente, en especial para periodos posteriores al Paleolítico (Semenov, 1981; Vila, 1980 ; Arderson-Gerfaud, 1983; Unger-Hamilton, 1988; Risch, 1995; Gibaja y Clemente, 1996; Gibaja, 2002). El análisis del registro lítico de piedra tallada y de objetos macrolíticos, y especialmente su uso, compaginado con la información osteológica, puede incidir en la sexuación y la edad de los individuos que efectuaban iguales o diferentes trabajos, siempre que en las necrópolis los cadáveres de hombres y mujeres se hallen asociados significativamente a estos objetos en función del sexo. Lo mismo podría hacerse con otros materiales, tales como los adornos, los recipientes cerámicos y los objetos de hueso y metal, aunque, por el momento, los análisis de funcionalidad sobre los mismos resultan escasos (Risch *et al.*, 2002). Así, si las mujeres o los hombres adultos se asocian a útiles relacionados con trabajos específicos en los enterramientos, será posible definir áreas de actividad femeninas o masculinas en las unidades domésticas u otros lugares sociales, al detectar elementos relacionados con las citadas actividades. La ubicación e interrelación de los objetos arqueológicos en los asentamientos jugará, a su vez, un papel de primer orden para definir los diferentes tipos de trabajos y los espacios asociados a a los mismos. Otros items arqueológicos hallados en las necrópolis y que están asociados a uno u a otro sexo, tales como adornos, atuendos masculinos y femeninos, objetos singulares, pueden también permitirnos sexuar los diferentes espacios de cualquier lugar social si los hallamos distribuidos en su interior.

### **De los referentes simbólicos a los asentamientos. El Edificio Alfa de Puig Morter de Son Ferragut (Sineu, Mallorca)**

En el caso de los asentamientos, la ubicación, interrelación y transitividad o no de los objetos arqueológicos nos permiten distinguir los diferentes trabajos realizados, sean económicos o políticos, y los espacios asociados a las mismos. A su vez, la singularidad o la recurrencia de las estructuras arquitectónicas, así como la de las actividades plasmadas en ellas y su grado de especialización, otorgan a los lugares sociales la función de unidades domésticas o extradomésticas (Castro, Escoriza y Sanahuja, 2002).



Los grupos sociales que trabajan en espacios determinados tienden a exclusivizarlos, a convertirlos en espacios trabajados, de manera que, cuando existen diversas áreas donde se ubican grupos que realizan tareas distintas, cada una de ellas puede correlacionarse con uno de los grupos. De ahí el interés en poder demarcar espacios de trabajo para localizar grupos que podrían o no corresponder a mujeres u hombres (espacios exclusivos).

Las unidades extradomésticas se caracterizan por ser lugares sociales de carácter especial y singularizado, frente a la regularidad de actividades de los lugares domésticos. Por ejemplo, ante un gran número de viviendas podemos hallar un número restringido de edificios

dedicados a prácticas específicas, como un taller, un templo, un edificio comunal o lugares diversos de trabajo colectivo. Insistimos en que la singularidad no implica lugares sociales únicos, sino presencias cuantitativamente menores. Es decir, la tendencia a la recurrencia corresponde a las unidades domésticas y la tendencia a la singularidad a los ámbitos extradomésticos.

Hemos intentado poner en marcha esta línea de actuación en el Edificio Alfa de Puig Morter de Son Ferragut (Sineu, Mallorca). Se trata de un gran edificio de unos 300 m<sup>2</sup>, con un patio porticado y dos habitaciones con azotea. Está fechado entre c. 750-500 antes de nuestra era y se ha estimado que podía estar ocupado por un grupo doméstico de unos 23 individuos, cuyas relaciones intentamos averiguar (Castro, Escoriza y Sanahuja, 2003). Se observó que en el área alrededor del hogar era donde se ejecutaban la mayor parte de las actividades productivas, mientras que el área adyacente a un receptáculo y una de las dos habitaciones del edificio eran espacios de almacenamiento; finalmente, un pequeño compartimento (entre tirantes) y la segunda habitación presentaban un uso social del espacio completamente distinto, puesto que no se constató ningún trabajo relacionado con la producción de objetos, aunque podían presumirse tareas de mantenimiento para quienes se reunían a comer o a descansar en estos últimos ámbitos.

La bipolarización del consumo de alimentos, que de forma cotidiana comprendía la carne de ovejas y de cabras, indicaba que se reunían para comer dos grupos distintos, el primero en la zona del hogar y el segundo en el espacio entre tirantes. Precisamente en este pequeño espacio es donde se concentraban todos los objetos singulares del edificio, vinculados a prácticas político-ideológicas, y que incluían armamento (balas de hondas de guerra). Esta evidencia supone la existencia de dos colectivos en el seno de una unidad doméstica en la que tenía lugar una clara descompensación de la participación en el trabajo. Si el grupo que trabajaba en el área del hogar se hacía cargo de todas las tareas que se han identificado, no existen indicios materiales de ninguna compensación en el marco del trabajo doméstico por parte del grupo que se reunía entre tirantes. Este último grupo, atendiendo a su disponibilidad de objetos singulares, era quien detentaba elementos ligados a prácticas militares, que podían consistir en la defensa colectiva y/o en acciones de ataque y coerción. Podría argumentarse que este segundo grupo pudo compensar al primero mediante la realización de tareas exteriores, necesarias e implicadas en la evidencia arqueológica del Edificio Alfa. Sin embargo, no podemos afirmar que la totalidad de estos trabajos exteriores quedarán en manos del grupo mencionado, puesto que también pudieron correr a cargo de quienes, a su vez, trabajaban dentro de la vivienda, en torno al hogar. De las tareas externas, muchas podrían incluso realizarse

fuera del asentamiento y no participar en ellas ningún miembro de la comunidad, o bien ser responsabilidad de otros grupos domésticos (el pastoreo y gestión del ganado vacuno y porcino, la obtención de conchas marinas, la fabricación de ciertas cerámicas, la producción metalúrgica). Las actividades externas que dependían del grupo doméstico del Edificio Alfa incluían, al parecer, trabajos de pastoreo de ovejas y cabras, el ordeñado de los animales, el esquila de las ovejas, la escasa agricultura de cereal practicada, la recolección de plantas, el suministro de agua y combustible y la extracción de arcillas. No obstante, muchas de estas tareas estaban vinculadas directamente al mantenimiento de los útiles e instalaciones del hogar (agua, combustible), ya que era allí donde se mantenían los medios empleados en la actividad exterior (hoces para uso agrícola y de recolección de plantas), de manera que podría pensarse que la división del trabajo involucró también al grupo social del área donde se realizaban tales tareas. En consecuencia, únicamente el suministro de materia base para los trabajos de procesado y cocinado de alimentos (pastoreo, ordeñado) o de ciertos trabajos artesanales (arcillas para la alfarería, lana para el tejido) serían un campo laboral vinculable al grupo que también se haría cargo de las actividades bélicas.

A la espera de que la investigación ofrezca nuevas evidencias, hemos considerado imprescindible subrayar que cabe la posibilidad de que no se produjeran disimetrías en las relaciones domésticas, sino que, efectivamente, tuviera lugar una compensación en términos de reciprocidad entre los trabajos domésticos y otros trabajos exteriores. También hemos abordado la posibilidad, que no niegan los datos, de que la unidad doméstica tuviera una configuración explotadora, ya fuera en términos de dependencia de las mujeres dentro de ciertas estructuras de parentesco, ya fuera en forma de clases sociales con estatutos políticamente jerarquizados. No obstante, consideramos que deben contemplarse varias hipótesis, que se ajustan al apoyo empírico disponible y que pueden dar cuenta de las relaciones sociales internas de los grupos domésticos y de las comunidades:

### *Hipótesis 1: Linajes matricéntricos*

Esta hipótesis descarta la existencia de familia definida como grupo social vinculado por matrimonio y descendencia con residencia común (San Román y González, 1994:27). Así, un linaje matricéntrico en viviendas como el Edificio Alfa, puede incluir a hermanos y hermanas, junto con las hijas e hijos de éstas. La existencia de dos grupos en dicha unidad doméstica no sería el resultado de una distribución desigual de las actividades. Paralelamente, podríamos

encontrar células matricéntricas en pequeñas unidades domésticas de tipo Son Fornés, poblado cercano de la misma época (Gasull, Lull y Sanahuja Yll, 1985), de manera que en el Horizonte de Son Ferragut, es decir entre el 750-500 a.n.e., no tendrían cabida estructuras patriarcales ni familiares. Las distintas comunidades, al menos en Es Pla de Mallorca, compartirían unos mismos criterios de socialización y similares referentes ideológicos. Si, por contra, se defendiera que las unidades domésticas de Son Fornés estuvieran compuestas por familias nucleares, la distancia social entre comunidades acarrearía profundas brechas entre ellas. La divergencia en la socialización de los individuos, en las prácticas políticas y en las concepciones ideológicas, dificultaría el establecimiento de sistemas de circulación de individuos, lo cual, sin duda, podría implicar unas difíciles relaciones de coexistencia en los reducidos espacios territoriales intensamente ocupados por las comunidades mallorquinas. Estas condiciones no parecen las idóneas para comunidades matricéntricas, en las que las mujeres controlan la producción de cuerpos y la división del trabajo está fundamentalmente orientada a asegurar la redistribución equitativa entre toda la comunidad y a evitar relaciones de explotación en las tres producciones de la vida social, ya que la reproducción social de las unidades matricéntricas exige mantener una estabilidad y continuidad de los grupos domésticos.

### *Hipótesis 2: Comunidades de familias monógamas*

Esta hipótesis presupone una familia de tipo extenso monógamo (dependiente) en viviendas de tipo Son Ferragut, con la convivencia de tres generaciones y con una media de seis hijos/hijas por matrimonio, de acuerdo con una *ratio* que se ajusta a las estimaciones de una unidad familiar nuclear en viviendas de tipo Son Fornés. La sexuación de la fuerza de trabajo en una familia extensa basada en matrimonios monógamos ofrece una composición por sexos equiparable a la de una familia monógama independiente, de manera que la presencia de un hombre y de una mujer en cada unión matrimonial, acarrea una situación similar a la de una familia nuclear con división sexuada de tareas. Ambas comparten una misma concepción de la socialización y del trabajo que facilita la exogamia entre grupos. Pero las diferencias entre comunidades de familias extensas y de familias nucleares repercuten en el potencial para organizar la fuerza de trabajo, que es mayor en las familias extensas. En esta situación, la división del grupo doméstico detectada en el Edificio Alfa puede explicarse en términos de división por sexos, con las mujeres y las criaturas, vinculadas al

trabajo y al consumo en el Area del Hogar, y con los hombres asociados al Area del Receptáculo, a la guerra y a actividades ejecutadas fuera de las viviendas. Si estas últimas no compensaban el trabajo realizado en el propio espacio doméstico nos encontraríamos con una situación de explotación interna en los grupos domésticos, disimetría que beneficiaría al colectivo masculino.

### *Hipótesis 3: Grupos domésticos políginos*

Según esta hipótesis, la familia del Edificio Alfa debería estar constituida por un hombre y, al menos tres o cuatro mujeres, y sus hijos/as. La existencia de familias políginas independientes establece unas condiciones en las que difícilmente puede evitarse la explotación del trabajo de las mujeres en beneficio de los hombres. Además, la propia exigencia de la poligamia supone que no todos los hombres pueden disponer de varias mujeres, de forma que, si no existe una elevada mortalidad masculina por alguna razón, se establecen unas condiciones para que algunos hombres, a través del matrimonio, se beneficien del trabajo de las mujeres en mayor medida que otros, abocados a la monogamia. Este podría ser el caso de las unidades domésticas de tipo Son Fornés, donde el registro no permite avalar una situación de poligamia, dado el pequeño tamaño de las células domésticas. Únicamente si el cabeza de familia residiera en otro lugar podría explicarse una situación equiparable a la que puede sugerirse para Son Ferragut. En el ámbito interno del Edificio Alfa, los dos grupos identificados serían fruto de una división sexual del trabajo, del consumo y del descanso, con un espacio específico para los hombres, desvinculados de los trabajos productivos dentro de la unidad habitacional.

### *Hipótesis 4: Servidumbre familiar*

El Edificio Alfa podría corresponder también a una unidad doméstica formada por una familia monógama (independiente) y por individuos a su servicio (criados/as, siervos/as, esclavos/as). Según esta hipótesis, la división del trabajo, del consumo y del descanso en espacios diferenciados se explicaría a partir de la propia configuración de clases sociales. Los componentes de la familia propietaria ocuparían el Area de Tirantes y la Estancia B, mientras que hombres y mujeres dependientes estarían en el Area del Hogar y en la Estancia A. El panorama social resultante implicaría que en el Horizonte de Son

Ferragut existía una clase social dominante, que residía en comunidades como el Puig Morter, y que pudo haberse apropiado en beneficio propio de la fuerza de trabajo de sectores dependientes, asentados en otras comunidades, como Son Fornés. Este modelo social no excluye, sino que refuerza, la probable explotación de las mujeres.

Nos gustaría finalizar insistiendo en que las expectativas de la investigación, a partir de ahora, consisten en intentar responder a las hipótesis formuladas con evidencias que expliquen de forma más concreta la distancia social entre trabajo y uso/consumo/disfrute de los objetos que hemos señalado para uno de los contados espacios domésticos de la prehistoria de Mallorca que conocemos en detalle.

### Bibliografía

- ALLISON, Penelope M. (ed.) *The Archaeology of Household Activities*. Londres, Routledge, 1999.
- ANDERSON-GERFAUD, Patricia C. «A consideration of the uses of certain backed and «lusted» stone tools from Late Mesolithic and Natufian levels of Abu Hureyra and Mureybet (Syria)», en *Traces d'utilisation sur les outils Néolithiques du Proche Orient*. Travaux de la Maison de l'Orient, 5, 1983, pp. 77-106.
- ANGEL, J. Lawrence. «Health is a Crucial Factor in the Changes from Hunting to Developed Farming in the Eastern Mediterranean», en COHEN, Mark Nathan y ARMELAGOS, George J. (eds.) *Paleopathology at the Origins of Agriculture*.— New York, Academic Press, 1984, pp. 51-74.
- ARDENER, Shirley. (ed.) *Women and Space. Ground Rules and Social Maps*. Oxford, Berg Publishers, 1993.
- ARENDRT, Hannah. *Between Past and Future. Eight Exercises In Political Thought*. Nueva York, Viking Penguin, 1954
- ARENDRT, Hannah. *¿Qué es la política?*, Barcelona, Piados, 1997.
- ARNOLD, Battina y WICKER, Nancy L. (eds.) *Gender and the Archaeology of Death*. Oxford-New York, Altamira Press, 2001.
- BAILEY, Douglas W. «The living house: Signifying continuity», en SAMSON, Ross (ed.) *The social Archaeology of Houses*. Edinburgh: University Press, 1990, pp. 19-48.
- BEAUSANG, Elisabeth. «Chilbirth in Prehistory: an Introduction», *European Journal of Archaeology*, 3:1 (2000), pp. 69-87.
- BIRULÉS, Fina. «Cal que les dones tinguem més ambició». Entrevista a Fina Birulés por A.M. Roca, *Ca la Dona*, 41 (2003), pp. 4-6.
- BLANTON, Richard E. *Houses and Households. A Comparative Study*. Nueva York y Londres, Plenum Press, 1994.
- BOCCHETTI, Alessandra. *Lo que quiere una mujer*. Madrid, Cátedra, 1996.
- BOFILL, Mireia y OTERO, M. «La política de las mujeres», en GRAU, Elena y IBARRA, Pedro (eds.) *Política de Autoridad*. Barcelona, Icaria, 2001, pp. 45-57.

- BOSCH, A. «La Terra plora llàgrimes de petroli», *Ca la Dona*, 41 (2003), pp. 20-21.
- BRUMFIELD, Elisabeth. 1991, «Weaving and Cooking: Women's Production in Aztec Mexico». en GERO, Joan y CONKEY, Margaret W. (eds.) *Engendering archaeology*. Oxford, Blackwell, 1991, pp. 224-254.
- BUIKSTRA, Jane y MIELKE, James. «Demography, Diet and Health», en GILBERT, Robert y MIELKE, James (eds.) *The Analysis of Prehistoric Diets*. Orlando, Academic Press, 1985, pp. 360-422.
- CASTRO, Pedro; COLOMER, Eulalia; CHAPMAN, Robert; GILI, Silvia, GONZÁLEZ MARCÉN, Paloma, LULL, Vicente, MICÓ, Rafael, MONTÓN, Sandra, RISCH, Roberto, RUIZ, M., SANAHUJA YLL, M.<sup>a</sup> Encarna y TENAS, Montserrat. *Proyecto Gatas. Memoria de los trabajos realizados entre 1985 y 1991 (VI volúmenes)*. Memoria de Proyecto de Investigación Presentada en la Dirección General de Bienes Culturales de la Consejería de Cultura y Medio Ambiente de la Junta de Andalucía, Sevilla, 1994.
- CASTRO, Pedro; GILI, Silvia; LULL, Vicente; MICO, Rafael; RIHUETE, Cristina; RISCH, Roberto y SANAHUJA YLL, M.<sup>a</sup> Encarna. «Teoría de la producción de la vida social. Un análisis de los mecanismos de explotación en el Sudeste peninsular (c. 3000-1550 CAL ANE)», *Boletín de Antropología Americana*, 33 (1998), pp. 25-78.
- CASTRO, Pedro, ESCORIZA MATEU, Trinidad y SANAHUJA YLL, M.<sup>a</sup> Encarna. «Trabajo y Espacios Sociales en el ámbito doméstico. Producción y prácticas sociales en una unidad doméstica de la prehistoria de Mallorca», *Geocrítica. Scripta Nova. Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, VI, 119 (10) (2002), URL: <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn119-10.htm>.
- CASTRO MARTINEZ, Pedro, ESCORIZA MATEU, Trinidad y SANAHUJA YLL, M.<sup>a</sup> Encarna. *Mujeres y Hombres en Espacios Domésticos. Trabajo y Vida Social en la Prehistoria de Mallorca (c.700-500 cal ANE). El Edificio Alfa del Puig Morter de Son Ferragut (Sineu, Mallorca)*, BAR, International Series, 1162, Oxford, 2003.
- CHARLES, Douglas K.; CONDON, Keith; CLEVERUD, James y BUIKSTRA, Jane. «Cementum Annulation and Age Determination in *Homo Sapiens*. I. Tooth Variability and Observer Error», *American Journal of Physical Anthropology*, 71 (1986), pp. 311-320.
- CIGARINI, Lia. «La autoridad femenina». Encuentro con Lia Cigarini, *Duoda*, 7 (1993).
- COHEN, Mark Nathan y BENNETT, Sharon. «Skeletal evidence for sex roles and gender hierarchies in prehistory», en MILLER, Barbara D. (ed.) *Sex and Gender hierarchies*. Cambridge, Cambridge University Press, 1993, pp. 273-297.
- DOMINIJANNI, I. «El deseo de política», en CIGARINI, Lia (ed) *La política del deseo*. Barcelona, Icaria, 1995, pp. 9-31.
- COURTY, Marie Agnes, GOLDBERG, Paul y MACPHAIL, Richard., *Soils and micromorphology in archaeology*. Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

- DAVIS, Simon J.M. *La Arqueología de los animales*. Barcelona, Bellaterra, 1989.
- ERICSON, Jonathan E. «Strontium isotope characterization in the study of prehistoric human», *Ecology*, 14 (1985), pp. 503-514.
- ERICSON, Jonathan E. «Some problems and potentials of strontium isotope and analysis for human and animal ecology», en RUNDEL, Philip; EHLERINGER, James y NAGY, K.A. (eds.) *Stable Isotopes in Ecological Research*, Nueva York, Springer-Verlag, 1989, pp. 252-259.
- ESCORIZA MATEU, Trinidad. «Representations of women in Spanish Levantine rock art. An intentional fragmentation», *Journal of Social Archaeology*, 2:1 (2002), pp. 81-108.
- ESCORIZA MATEU, Trinidad *La representación del cuerpo femenino. Mujeres y arte rupestre Levantino del arco mediterráneo de la Península Ibérica*. Oxford, BAR International Series, 1082, 2002.
- ESCORIZA MATEU, Trinidad y SANAHUJA YLL, M<sup>a</sup>. Encarna. «El pasado no es neutro: el cuerpo femenino como materialidad y forma de representación social». Actas del III Congreso de Historia de Andalucía *La Mujer*, Tomo II, Córdoba, 2001, pp. 243-258.
- GASULL, Pepa; LULL, Vicente y SANAHUJA YLL, M<sup>a</sup>. Encarna. *Son Fornés I: La Fase Talayótica. Ensayo de reconstrucción socio-económica de una comunidad prehistórica de la isla de Mallorca*, Oxford, BAR International Series», 209, 1984.
- GIBAJA, Juan Francisco. *La función de los instrumentos líticos como medio de aproximación socio-económica. Comunidades neolíticas del V-IV milenios cal, BC en el noreste de la Península Ibérica*. Universidad Autónoma de Barcelona, Tesis doctoral inédita, 2002.
- GIBAJA, Juan Francisco y CLEMENTE, Ignacio. «Análisis funcional del material lítico en las sepulturas de la Bòbila Madurell (Barcelona)», *I Congrès del Neolític a la Península Ibérica, Rubricatum*, 1 (1996), pp. 183-189.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P. (Ed.) *Espacios de Género en Arqueología. Monográfico Arqueología Espacial*, 22, Teruel, 2000.
- GOODMAN, Alan H.; MARTIN, Debra; ARMELAGOS, George J. y CLARK, George. «Health Changes at Dichson Mounds, Illinois (A.D. 950-1300)», en COHEN, Mark Nathan y ARMELAGOS, George J. (eds.) *Paleopathology at the Origins of Agriculture*, New York: Academic Press, 1984, pp. 271-306.
- GORING, Elisabeth. «The anthropomorphic figurines», en PELTENBURG, Edgar (ed.) *Lemba Archaeological Project*, Vol. II, 2, *A ceremonial Area at Kissonerga. Studies in Mediterranean Archaeology*, LXX.3 (1991), pp. 39-61.
- HASTORF, Christine «Gender, Space, and food in prehistory», en GERO, Joan y CONKEY, Margaret W. (eds.) *Engendering archaeology*. Oxford, Blackwell, 1991, pp. 132-159.
- HENDON, Julia A. «Archeological Approaches to the Organisation of Domestic Labour: Household Practice and Domestic Relations», *Annual Review of Anthropology*, 25 (1996), pp. 46-51.

- JACQUES, V. «Etnología», en SIRET, Henri y SIRET, Louis (eds.), *Las Primeras Edades del Metal en el Sudeste de España*. Barcelona: 1890, pp. 337-486.
- JOHANSON, Donald y EDGARD, Blake. *From Lucy to Language*. New York, Simon and Shuster, 1996.
- JONES, Andrew K.G. «Human parasite remains: prospects for a quantitative approach», en HALL, Allan y KENWARD, Harry. *Environmental archaeology in the urban context*, London, Council for British Archaeology research report 43, 1992.
- JONES, Andrew K.G. «Recent finds of intestinal parasite ova at York, England», *Proceedings of the Paleopathology Association. Fourth European meeting*. Middleburg/Antwerpen, 1992, pp. 229-233.
- KONIGSBERG, Lyle W. «Migration models of prehistoric postmarital residence», *American Journal of Physical Anthropology*, 77:4 (1988), pp. 471-482.
- KUNTER, Manfred. *Menschliche Skelettreste aus Siedlungen der El Argar-Kultur*. Maguncia, Philipp von Zabern, 1990.
- LANE, R.A. y SUBLET, A. J. «Osteology of Social Organization: Residence Pattern», *American Antiquity*, 37 (1972), pp. 186-201.
- LARSEN Clarke Spencer. «Behavioral Implications of Temporal Change in Cariogenesis», *Journal of Archaeological Science*, 10 (1983), pp. 1-8.
- LARSEN Clarke Spencer. «Health and Disease in Prehistoric Georgia: The Transition to Agriculture», en COHEN, Mark Nathan y ARMELAGOS, George J. (eds.) *Paleopathology at the Origins of Agriculture*. New York, Academic Press, 1984, pp. 367-392.
- LIBRERIA DE MUJERES DE MILAN. *Il tempo, i mezzi, i luoghi*. Sottosopra, 1976.
- LIBRERIA DE MUJERES DE MILAN. *El final del patriarcado. (Ha ocurrido y no por casualidad)*. Sottosopra Rosso. Traducción Castellana de Pròleg, Barcelona, 1996.
- McCAFFERTY, Sharisse y McCAFFERTY, Geoffrey. «Engendering Tomb at Monte Albán», *Current Anthropology*, 35:2 (1994), pp. 143-166.
- MCCORMACK, Carol P. (ed.) *Ethnography of Fertility and Birth*. Indiana, University Press, 1994.
- MANZANILLA, Linda. «Grupos corporativos y actividades domésticas en Teotihuacan». en COLOMER, Laia, GONZÁLEZ MARCÉN, Paloma, MONTÓN, Sandra y PICAZO, Marina (eds.) *Arqueología y teoría feminista. Estudios sobre mujeres y cultural material en arqueología*. Barcelona, Icaria, 1999, 141-172
- MEAD, Margaret y NEWTON, Niles. «Cultural patterning of perinatal behaviour», en RICHARDSON, Stephen A. y GUTTMACHER, Alan (eds.). *Childbearing: Its social and psychological aspects*. Baltimore, The Williams and Wilkins Company, 1967.
- MOLLESON, Theya. «Seed preparation in the Mesolithic: the osteological evidence», *Antiquity*, 63 (1989), pp. 356-362.

- MURARO, Luisa. «Sobre la autoridad femenina», en *Filosofía y género. Identidades femenina*. Pamplona-Iruña, (1992).
- PELTENBURG, Edgar *et alii*. *Excavations at Kissonerga- Mosphilia, 1979-1992*, Department of Archaeology, Occasional Paper 19. Lemba Archaeological Project, Cyprus. University of Edinburgh, 1998.
- PERZIGIAN, Anthony, TENCH, Patricia y BRAUN, Donna J. «Prehistoric health in the Ohio River Valley», en COHEN, Mark Nathan y ARMELAGOS, George J. (eds.) *Paleopathology at the Origins of Agriculture*. New York, Academic Press, 1984, pp. 347-366.
- POWELL, Mary Lucas. «Dental Wear and Caries in Dietary Reconstruction», en GILBERT, Robert I. y MIELKE, James (eds.) *Analysis of Prehistoric Diets*. New York, Academic Press, 1985, pp. 307-308.
- RAUTMAN, Alison. (ed.) *Reading the body: Representations and remains in the archaeological record*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2000.
- RENFREW, Colin y BOYLE, Katherine. (eds.) *Archaeogenetics: DNA and the population prehistory of Europe*. McDonald Institute Monographs, Cambridge, 1994.
- RIHUETE, Cristina. *Dimensiones bio-arqueológicas de los contextos funerarios. Estudio de los restos humanos de la necrópolis prehistórica de la Cova des Càrritx (Ciutadella, Menorca)*. Universidad Autónoma de Barcelona, Tesis doctoral inédita, 2000.
- RISCH, Roberto. *Recursos naturales y sistemas de producción en el Sudeste de la Península Ibérica entre 3000 y 1000 ANE*. Universidad Autónoma de Barcelona, Tesis doctoral inédita, 1995.
- RISCH, Roberto, CLEMENTE, Ignacio y GIBAJA, Juan Francisco. «Objetivos y perspectivas del 1er Congreso de Análisis Funcional en España y Portugal», en *1er Congreso de Análisis Funcional en España y Portugal*, e.p.
- RIVERA, M.<sup>a</sup> Milagros. «La Historia de las Mujeres ¿Es hoy la Historia?», en *La Historia de las mujeres en el nuevo paradigma de la Historia*. Col. Laya, nº 17, Asociación Cultural Al-Mudayna, Universidad Complutense. Madrid, 1997, pp. 63-72.
- ROTTLANDER, Rolf C.A. «New results of food identification by fat analysis», *Proceedings of the 22nd Symposium on Archaeometry*, Bradford, 1982, pp. 218-223.
- ROTTLANDER, Rolf C.A. «Chemische Analyse prähistorischer Gefäßinhalte», *Enzyklopädie Naturwissenschaft und Technik*. Jahresband, 1983, pp. 72-80
- SANAHUJA YLL, M.<sup>a</sup> Encarna. «Marxismo y feminismo», *Boletín de Antropología Americana*, 31 (1997), pp. 7-14.
- SANAHUJA YLL, M.<sup>a</sup> Encarna. «Sexuar el pasado. Una propuesta arqueológica», en *La Historia de las mujeres en el nuevo paradigma de la Historia*. Col. Laya, nº 17, Asociación Cultural Al-Mudayna, Madrid, 1997, pp. 15-24.
- SANAHUJA YLL, M.<sup>a</sup> Encarna. «Feminismo, marxismo y arqueología». *Astigi Vetus*, 1 (2001), pp. 5-63.

- SANAHUJA YLL, M.ª Encarna. *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*. Valencia, Cátedra, 2002.
- SAN ROMAN, Teresa y GONZALEZ ECHEVARRIA, Aurora *Las relaciones de parentesco*. Materials, 5, Universitat Autònoma de Barcelona, 1994.
- SAÑA, María. *Arqueología de la domesticación animal. La gestión de los recursos animales en Tell Hahula (Valle del Eufrates-Siria) del 8800 al 7000 BP*. Monografía de *Treballs d'Arqueologia del Pròxim Orient, 1*. Universidad de Barcelona, 1999.
- SARTORI, Diana. «Tu devi». Un Ordine materno». En *Oltre l'uguaglianza. Le radici femminile dell'autorità*. Nápoles, Liguori, 1995.
- SEMENOV, Sergev A. *Tecnología prehistórica. Estudio de las herramientas y objetos antiguos a través de las huellas de uso*. Akal, Madrid, 1981.
- SOLECKI, Ralph. *Shanidar: The First Flower People*. New York, Knopf, 1971.
- SPENCER, Michael W. «Residential Practices and the distribution of skeletal traits in Teotihuacán, México». *Man*, 9:2 (1974), pp. 262-263.
- SYKES, Bryan. *Las siete hijas de Eva*. Barcelona, Debate, 2001.
- UNGER-HAMILTON, Romana *Method in Microwear Analysis. Prehistoric Sickles and Other Stone Tools from Arjoune, Syria*. BAR International Series, 435, 1988.
- VILA, Assumpció. «Estudi de les traces d'us i desgast en els instruments de sílex, *Fonaments*, 2 (1980), pp. 1-55.
- WILSON, Diane. «Gender, diet, health, and status in the Mississippian Powers Phase Turner Cemetery Population», en JOYCE, Rosemary y CLAASSEN, Cheryl (eds.) *Gender and Archaeology*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1997, pp. 1-22.